

TEJER, DESTEJER Y RETEJER: EL LADO FEMENINO DE LA ARTESANÍA ELABORADA CON MULLO¹

Lisette Torres - Arévalo*
Narjara Mendes Garcia**

Fecha de recepción: junio 2024

Fecha de aceptación: noviembre 2024

Resumen

El objetivo de este artículo fue visibilizar y politizar algunos cuestionamientos en torno a género, teniendo a los collares elaborados con *mullo* como principal elemento problematizador. Con el fin de generar algunos datos, realicé entrevistas semiestructuradas a nueve artesanas que pertenecen al Pueblo Saraguro, del sur de Ecuador. Posteriormente, los analicé a través de la Teoría Fundamentada (Charmaz, 2009). Entre las principales conclusiones destacué la precarización de esta actividad fuertemente ligada a la división sexual del trabajo que naturalizó al espacio doméstico como femenino y lo desvalorizó. Discutí también la sobrecarga femenina, pensada desde algunas aristas que van desde el número de actividades a ser realizadas, hasta el peso de ser consideradas inmutables en el tiempo. Resaltando, sin embargo, que no todas las mujeres estamos expuestas a las mismas situaciones, ni en las mismas magnitudes y que las categorías que nos atraviesan no deberían ser conceptualizadas de una manera separada.

Palabras clave: Artesanía elaborada con mullo, Mujeres artesanas, Collares Saraguro, Pueblo Saraguro, Género y generaciones

Abstract

The aim of this article was to highlight and bring attention to certain gender-related issues, making them more politically relevant, using necklaces made primarily with beads as the focal point for analysis. I conducted semi-structured interviews with nine craftswomen from the Saraguro people in southern Ecuador to gather data. Following that, I utilized Grounded Theory to analyze it (Charmaz, 2009). One of the key conclusions I emphasized, was the precarious nature of this activity, which is closely tied to the gendered division of labor, where domestic roles are often seen as inherently feminine and undervalued. I also discussed the female overload, thought from some aspects ranging from the number of activities to be performed, to the weight of being considered immutable over time. I emphasized, however, that that women are not uniformly exposed to identical situations, nor in the same magnitudes, and that the categories that cross us should not be viewed in isolation.

Key words: Bead handicrafts, Women artisans, Saraguro necklaces, Saraguro people, Gender and generations

¹ Palabra *kichwa*, que hace referencia a un material para elaborar bisutería. Sus sinónimos son abalorio, mostacilla, chaquira, cuenta, rocalla, *miçanga*, *bead*, por citar algunos ejemplos.

* Doutora pelo Programa de Pós-Graduação em Educação Ambiental. Universidade Federal do Rio Grande (PPGEA/FURG). Correo electrónico: lissettorresarevalo@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5607-4525>

** Doutora pelo Programa de Pós-Graduação em Educação Ambiental. Universidade Federal do Rio Grande (PPGEA/FURG). Correo electrónico: narjaramg@gmail.com

ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-0947-6542>

Introducción

Elegí narrar este artículo en primera persona, pues, como mujer, mestiza, artesana e investigadora quise hacerme cargo de cada una de las opiniones que serán enunciadas. Esto, sin embargo, no significa de manera alguna que escribo sola. Me acompañan en esta caminata varias mujeres, que consideré esenciales en el desarrollo de mi tesis de doctorado —de la cual, este es el tercer artículo—, pues sin ellas, no me hubiera atrevido a dar el primer paso.

La segunda autora, orientadora y amiga, ha sabido guiarme escuchando pacientemente cada una de mis historias y curiosidades, tejiendo redes conmigo, que pudieron expandirse hasta alcanzar a nueve mujeres indígenas del Pueblo Saraguro de Ecuador, quienes, en calidad de interlocutoras, me han ayudado a entender con mayor profundidad cuál es mi relación con la artesanía elaborada con *mullo*. También, me acompañan mujeres de muchas generaciones previas, aquellas que, en cada puntada y diseño, sembraron varias inquietudes materializadas en estas dudas.

El objetivo de este artículo fue hacer visible y politizar algunas cuestiones que giran en torno a género y generaciones, teniendo, como principal elemento problematizador, a la artesanía elaborada con *mullo*, que, pese a ser una actividad que en sus inicios fue pensada como una forma de dominar a las mujeres, por ser elaborada dentro de espacios domésticos; facilita el empoderamiento, la gestión de emociones y autonomía de las mujeres que la elaboran. Temáticas como la precarización, la división sexual del trabajo y su efecto en actividades domésticas también son abordadas.

Quiero señalar que hablar de género no es un tema fácil para mí por varios motivos. Considero que aún me falta mucho por escuchar, estudiar y leer sobre este asunto que es tan complejo y que merece un mayor grado de profundidad del que propongo. Mi formación inicial es Medicina Veterinaria y ese abordaje nunca fue considerado. Sin embargo, soy feminista y voy atravesando conscientemente un proceso de deconstrucción. Este ejercicio es bastante doloroso pues requiere, a través de varias intersecciones, cuestionar realidades que siempre estuvieron ahí y que la sociedad anestesió a través de la naturalización de muchos comportamientos. Yo, como mujer cisgénero, de tez blanca, he sido muy privilegiada, y esto puede constatarse con el simple hecho de encontrarme ahora escribiendo estas líneas.

Si bien en este artículo traeré algunas discusiones relevantes en cuanto a la temática de género, considero que el mayor aporte no está en un foco teórico, sino, más bien, en las relaciones que serán tejidas a través de la artesanía elaborada con *mullo* que,

muchas veces, no ha sido problematizada como las de otro tipo. Pese a que, tanto las interlocutoras como yo tejemos con ese material, la mayoría de las referencias teóricas que discuten artesanía y serán citadas, lo hacen considerando a las prácticas textiles.

En ese ejercicio de sentirme hermanada, representada e identificada con muchos posicionamientos que se traen desde los textiles, intento también crear un puente que permita que se visibilicen las experiencias de sensibilización y gestión de emociones a través del uso del *mullo*. Considero que es importante comenzar a prestar mayor atención a todo lo que se contiene en ese material.

En el apartado “aspectos metodológicos” menciono las estrategias metodológicas y el método de análisis de datos que utilicé. Abordo en “el lado femenino de la artesanía”, cómo el hecho de que las mujeres estuvieran destinadas a permanecer en espacios domésticos, hizo que todas las actividades que se realizaban en ellos sean menospreciadas, incluyendo a la artesanía. Sin embargo, describo brevemente también el potencial que encuentro en el tejer como acto femenino.

En “collares Saraguro: tejiendo narrativas, cuestionamientos y memoria”, quise problematizar, a través de las transiciones que han pasado los collares elaborados con *mullos*, algunas situaciones relacionadas con género y generaciones. En este apartado, la interacción con mis interlocutoras, nueve mujeres indígenas del Pueblo Saraguro, del sur de Ecuador, fue trascendental. Finalmente, traigo en “discusiones y aprendizajes”, algunas cuestiones que considero esenciales, teniendo como base las discusiones generadas a través de la artesanía elaborada con *mullo*.

Pienso que es pertinente señalar que, cada una de las afirmaciones que enuncié, están atravesadas por cuestionamientos que me han acompañado durante muchos años. Los análisis y problematizaciones me pertenecen y son el resultado tanto de las interlocuciones como de los sentimientos de indignación que me atraviesan como mujer mestiza, en una América Latina marcada por una lógica colonial, patriarcal y capitalista.

Aspectos metodológicos

Los collares que lucen y comercializan las mujeres del Pueblo Saraguro me encantaron desde la primera vez que los vi, cuando era niña. Sin embargo, fue al comenzar a tejer este tipo de artesanía, que surgieron preguntas que fui guardando con los años, en torno a la técnica y sentimientos involucrados. Hoy, desde mi papel de investigadora me mueven cuestionamientos aún más profundos, que tienen que ver principalmente con la desvalorización de este tipo de arte, que acaba disminuyendo conscientemente también a quiénes la realizan.

Quise conocer la historia que está contenida en esos collares para comprender mejor, la fascinación que me une a ellos desde tan temprana edad. Nueve mujeres del Pueblo

Saraguro aceptaron responder algunas inquietudes a través de entrevistas semiestructuradas. Esos momentos fueron de riqueza única para mí. Conseguí interiorizar aún más ese cariño que siento por ese Pueblo y lugar. Cuánto aprendí con esas mujeres es algo que aún no puedo medir, sino a través de sentimientos de nostalgia y esperanza.

A través de la Municipalidad de Saraguro y de su departamento de Interculturalidad fui contactándome con algunas artesanas, usando un muestreo en bola de nieve. No pude localizar a todas por diversas razones. Algunas cerraron sus locales, otras no estaban saliendo de su comunidad por la pandemia, varias de ellas, incluso, salieron del país en busca de mejores oportunidades, por citar algunas circunstancias.

Me encontré con cada una de las interlocutoras en los lugares en los que trabajaban y me regí al tiempo que ellas tenían disponible. Los encuentros duraron entre 30 y 60 minutos. Las fechas fueron propuestas por ellas y nos adaptamos a las medidas sanitarias sugeridas, debido a la pandemia por COVID-19². Pese a que algunas de ellas se sintieron más cómodas cerca de sus colegas, las conversaciones fueron individuales.

Este ejercicio fue bastante interesante, pues apenas daba por concluida cada entrevista, se reunían y comentaban entre ellas sus principales impresiones, principalmente en la temática que tenía que ver con la medicina natural y preventiva, que estaban utilizando en sus familias. Sin embargo, y pese a ser evidente que cada una de ellas escuchó la conversación de alguna de sus colegas, las respuestas que compartían conmigo correspondían a su opinión y a la percepción sobre cada asunto que iba apareciendo. Me gustó mucho sentir cómo la conversación fluía y no estaba determinada del todo por mis apreciaciones y curiosidades.

Con el fin de no exponer la identidad de las compañeras a las que entrevisté, las denominé de la siguiente forma: las siete mujeres que vivían en el cantón, tenían como nombre los colores del arcoíris. De acuerdo al orden en el que fui conversando con ellas fueron: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta. Las dos mujeres que viven en Cuenca tuvieron como nombre el color turquesa y blanco.

Me presenté brevemente, les expliqué los motivos por los que quería conversar con ellas y, a través de entrevistas semiestructuradas, fui registrando esas charlas, tanto en grabaciones, como a manera de percepciones en mi diario de campo. El vínculo que fue establecido en todos los encuentros tuvo como base el enunciar mi lugar de habla como artesana que teje con *mullo* y eso me permitió romper una barrera, pues sentí que el lenguaje fue más fluido, por el reconocimiento de compartir una misma actividad.

² Pandemia de la enfermedad por Coronavirus (COVID-19), provocada por el coronavirus SARS-CoV-2, detectada en diciembre de 2019, en China (Organização Pan-Americana da Saúde 2022).

Transcribí todas esas entrevistas para revivir esos encuentros y también, para ir comprendiendo lo que la emoción del momento quizás dejó en un segundo plano. Si bien, esa tarea fue exhaustiva, me pareció muy importante haberla realizado sin ayuda de ningún *software*, pues afianzó algunos aspectos que yo había guardado en mi mente y, me permitió organizar mejor la información al momento de analizarla.

Para analizar cualitativamente los datos generados, me inspiré en los principios y pasos de la Teoría Fundamentada (con base en Charmaz, 2009), considerando que, existe flexibilidad en la manera de abordar las etapas (Schmidt Bersch, 2017).

A través de ese análisis es posible crear teorías, considerando la realidad social de las personas y, así, se puede explicar el fenómeno de estudio. Es posible identificar las preocupaciones más relevantes de los actores sociales y pueden surgir de ellos sus soluciones, pues se les otorga un grado de control que no poseían antes; generando así la posibilidad de un cambio y a su vez, de reconocer que el mundo social es complejo (Vivar et al., 2010).

Estas características fueron determinantes al momento de considerar ese método de análisis, pues existe muy poca información sobre artesanía elaborada con *mullo* y, además, yo quería escuchar a artesanas de Saraguro y sus principales percepciones sobre las temáticas que me acompañaron, poniendo énfasis en las interacciones y observaciones que se iban desarrollando (Charmaz, 2009). y que me servirían posteriormente, para comprender mi relación con ese lugar, Pueblo y tejido.

En el análisis de datos surgieron doce categorías —de la letra A hasta la L—, sin embargo, para fines de este artículo, fueron utilizadas únicamente las siguientes: Collares Saraguro (E), Actividades, aprendizaje y tradiciones femeninas (F), Hombres y tejido en mullo (I) y Autobiografía (L). La información de las nueve entrevistas fue agrupada cuando fue posible, por categoría, para posteriormente redactar la teoría.

Escribir el texto final depende de las elecciones y creencias de las personas que asumimos esa responsabilidad como autoras, exigiendo un involucramiento que contempla sentimientos y emociones; y quizás, esa fue la parte más difícil y en la que el apoyo de cada mujer que me acompañó fue muy relevante (Charmaz, 2009).

Como esta investigación fue de carácter exploratorio, me pareció muy importante que las teorías nazcan de las interlocutoras y que su análisis permita la construcción de ideas y conceptos (Charmaz, 2009). Sin embargo, tengo que aclarar que existe una interlocución. Esos aportes se conjugan con mi experiencia y las referencias bibliográficas que, me permitieron ir problematizando algunas curiosidades surgidas en estos años y, que el foco son esos cuestionamientos sentidos y expresados a través de mi narrativa.

El lado femenino de la artesanía

Pensar en la artesanía elaborada con *mullo* como actividad femenina requiere, aunque sea de manera breve, de un abordaje sobre el impacto que tuvo el hecho de que la mujer estuviera destinada a permanecer confinada en espacios domésticos, y cómo esa realidad alcanza, invisibiliza y desvaloriza socialmente el trabajo artesanal actualmente. Es necesario, además, realizar algunos cuestionamientos con base en las trayectorias tanto de mis interlocutoras como la mía, a manera de narrativa autobiográfica (Motta Castro, 2015; Alves da Silva, 2015)

A partir de la Revolución Industrial y la implantación del modelo capitalista, la producción artesanal, preponderante hasta entonces en el sector productivo, fue reemplazada por la fabricación en masa. Toda la sociedad fue transformada, originándose un quiebre entre producción y creación. La participación de las mujeres en el mercado de trabajo tuvo lugar mucho más tarde, pues, hasta ese momento, sólo podían participar en espacios domésticos, ejerciendo las tareas que socialmente les eran destinadas. Aunque ellas siempre trabajaron, existe una gran diversidad de actividades históricamente ejercidas que no fueron consideradas y que han sido desvalorizadas por la lógica capitalista (Motta Castro, 2015; Alves da Silva, 2015).

Pensando en el trabajo femenino, es necesario entender que el contexto que viven hombres y mujeres se origina en construcciones sociales y no es el resultado de un destino biológico, como se tendía a suponer. Estas construcciones se concretizan en relaciones sociales de sexo que tienen una base material, el trabajo, y cuya división puede ser denominada división sexual del trabajo; a través de la cual, es posible hacer visible la relación de poder y jerarquía de los hombres sobre las mujeres y no una complementariedad en las tareas (Alves da Silva, 2015).

La diversidad de tareas a las que se dedican hombres y mujeres pasa por una óptica sexista y racista naturalizada, que comprende la relación de sexo-trabajo a través de especificidades emocionales, físicas e intelectuales, inmutables. En el caso de la mujer, el espacio doméstico le es destinado debido a su capacidad de ser madre, teniendo que hacerse cargo de tareas domésticas de cuidado, abrigo y protección, principalmente; anulando la cantidad de trabajos que ellas ejercen. Pese a que a algunas mujeres nos guste cuidar de la naturaleza y de un otro, es muy relevante cuestionar el hecho de que esa actividad sea pensada como destinada únicamente a nosotras (Motta Castro, 2015). Todo control sobre la subjetividad, autoridad, trabajo y sexo está relacionado con la colonialidad (Lugones, 2008).

Es relevante mencionar ese contexto para entender que la producción artesanal fue históricamente —y aún es— destinada a espacios domésticos y, por lo tanto, fue también desconsiderada por el modelo capitalista. De esta manera, fue relegada mayoritariamente

y casi que, de manera exclusiva, para las mujeres, como una manera de mantenerlas ancladas a esos espacios. Cualquier trabajo que se realice en esa esfera, es visto como un acto de amor, algo natural, fácil, innato, una “cosa de mujeres”. Por este motivo no es reconocido y es pensado como de menor valor social, frente a lo que los hombres producen en los espacios públicos (Motta Castro, 2015).

La artesanía se destaca por ser una de esas actividades destinadas a ser realizada por mujeres, en espacios domésticos e, incluso, se constituyó por años como una manera pedagógica a través de la cual, las cualidades “femeninas” fueron enseñadas, generación tras generación. Las actividades y trabajos manuales contribuían en la formación de “mujeres buenas”. Generalmente se aprende en la infancia, en la escuela y casa (Motta Castro, 2015; Chagas, 2007; Alves da Silva, 2015).

En el caso de las artesanas que entrevisté, pese a que relataron una realidad que no es ajena a lo que he descrito hasta ahora, existen algunos factores que deben ser considerados; por ejemplo, que es a través de esa realidad histórica, que la memoria, tradiciones y culturas permanecen vivas. Los procesos de aprendizaje se dan mayoritariamente en el núcleo familiar, lo que ha permitido que se mantenga durante muchos años. Estas situaciones son las que serán traídas a discusión y los aportes de mis interlocutoras se vuelven fundamentales, principalmente para abordar esas trayectorias femeninas que, pese a hermanarnos de alguna forma, visiblemente nos separan cuando se abordan las cuestiones de privilegio.

El acto de tejer fue pensado inicialmente como una maniobra para rescatar la memoria histórica de los pueblos y, además, con la aparición de las primeras bolsas tejidas, varios productos pudieron ser transportados, compartidos y consumidos en otras regiones, permitiendo que exista una mayor organización social (Rivera-García, 2017; Santos, 2008). Elaborar tejidos, de forma manual y en cualquier material, siempre exigió de mucha paciencia, dedicación y trabajo. Esto ayudó al confinamiento de la mujer en los espacios domésticos, pues tenían que dedicarle gran tiempo a esa actividad. Sin embargo, cuando las mujeres se reunían a tejer juntas, sin la presencia de los hombres, podían compartir narrativas en torno a esta actividad, que sólo ellas conocían; tejiendo así, lazos colectivos fuertes y ganando a su vez, mayor autonomía (Machado, 2003).

Tejer, pese a que evidentemente fue propuesto como una forma de dominar a las mujeres, nos permite fortalecernos, posicionarnos y principalmente, conocernos. Cada puntada viene cargada de historia, memoria y cultura, además, de sentimientos y emociones que atraviesan tanto el proceso de elaboración como el de comercialización. Sin embargo, esa potencia no es conocida por gran parte de las tejedoras, ya que están ocupadas sobreviviendo en este sistema patriarcal, colonial y capitalista. Este es uno de los motivos por los que abro espacio a estas discusiones.

Tejer puede considerarse un lenguaje que crea redes entre las personas que lo compartimos y entendemos, pese a que fue pensado y creado como una actividad para ser desarrollada en silencio y soledad. Nos permite también, expresarnos de una manera estética, autónoma y política; apropiándonos de lo que enunciamos y queremos comunicar, aunque no siempre estemos conscientes de ese gran potencial (Bello-Tocancipá, 2018; Rivera-García, 2017). Y la lucha diaria porque esas redes lleguen a todos los lugares habitados por compañeras, no puede detenerse.

En este artículo considero a la artesanía elaborada con *mullo*, tanto en su fabricación como en su comercialización, como una oportunidad para pensar en las muchas transiciones que han sucedido en estos siglos y que envuelven a esa actividad —tanto a nivel económico, como de técnica— y en cómo estas han ido configurándose para poder pensarla y sentirla hoy como un acto femenino político y de resistencia (Blanca, 2014), a través del cual, es posible denunciar las desigualdades e injusticias a las que estamos sometidas, desde cada intersección, sin dejar de lado el afecto y cariño que sentimos al crear cada nueva forma de expresión.

Con base en este pensamiento, considero fundamental traer un poco sobre la artesanía elaborada con *mullo* del Pueblo Saraguro, para problematizar algunas situaciones. Elegí a ese Pueblo y lugar, porque se destaca como el máximo expositor de ese tipo de artesanía en mi país. Como ecuatoriana, he escuchado innumerables veces el valor cultural que ese reconocimiento representa, además de estar siempre intrigada y ser artesana en el mismo rubro.

Collares Saraguro: tejiendo narrativas, cuestionamientos y memoria

Por mucho tiempo se sostuvo la idea de que las mujeres pertenecientes a pueblos indígenas andinos, en comparación con los hombres de la misma región, mantenían más su vestimenta tradicional, incluyendo los adornos corporales, su lengua originaria y sus costumbres y que, por este motivo, eran símbolos de la identidad grupal importante para la reproducción cultural de cada pueblo. Fueron presentadas como invariables y signos auténticos de las tradiciones. Cualquier punto de vista alternativo era desconsiderado pues se las pensaba estables, inmutables, “fijadas dentro de las estructuras familiares y unidades domésticas existentes” (Crain, 1996: 356).

En mis visitas e interacciones con personas de Saraguro, he podido constatar a simple vista que sí, mayoritariamente, las mujeres conservan su vestimenta tradicional, por citar un ejemplo; sin embargo, pienso que es muy importante romper con la idea de que existe una única identidad cultural indígena, homogénea y estática a través del tiempo, para evitar estereotipos y pesos que una vez más, recaen con más fuerza en las mujeres indígenas, pensándolas como agentes inamovibles y poseedoras del rol de ser

guardianas de una identidad grupal; lo que al final se traduce nuevamente en tarea y sobrecarga.

Existen varias transiciones que han ido permitiendo un cierto grado de flexibilidad. El cuerpo femenino que en otras épocas estuvo mucho más cargado de peso simbólico y que estaba regulado, tanto a nivel de vestimenta como de comportamiento, por la sociedad (Crain, 1996), se ha ido abriendo espacio, aunque muy lentamente, a otras formas de ser y manifestarse. Quiero visibilizar esas situaciones utilizando como facilitadores a los collares de Saraguro, elaborados con *mullo*, no sin antes aclarar que son mis percepciones las que prevalecen en ese análisis propuesto.

El Pueblo indígena Saraguro habita al sur de Ecuador, en la provincia de Loja, de forma mayoritaria en el cantón denominado también Saraguro, y en la provincia de Zamora Chinchipe. En menor número se lo puede encontrar en las provincias de Azuay y Pichincha. Pertenece a la Nacionalidad *kichwa*, sus idiomas oficiales son el *kichwa* y español (CONAIE, 2014; Quizhpe-Gualán, 2019). La artesanía es uno de los pilares económicos del cantón, destacándose los textiles, cestería, cerámica, *mullo* y talabartería (CONAIE, 2014).

De generación en generación y desde muy temprana edad, la mujer y el hombre Saraguro, tradicionalmente y con base en el principio andino de dualidad, utilizaban algunas prendas de vestir mayoritariamente de color negro, pues, además de ser más fácil obtener esa coloración natural en plantas, mantiene el calor corporal y representa al cóndor, que es un ave muy valorada por su Pueblo. Además, era importante que ambos mantuvieran su cabello trenzado (Saca Cango, 2012).

Uno de los elementos que forman parte de la vestimenta tradicional de la mujer Saraguro es el collar denominado “tendido”. Mis interlocutoras lo conocen también como autóctono, antiguo, original, tradicional, cultural, propio de Saraguro. Es redondo, tiene como longitud un mínimo de cuarenta filas tejidas con *mullo* y sus colores base son los del arcoíris que combinan con la blusa que elijan vestir, pues se encuentra dentro de esa gama de colores. No existe un dato oficial que demuestre desde hace cuánto tiempo las mujeres del Pueblo Saraguro utilizan esos collares, pero recuperando algunos recuerdos, ellas establecieron un rango de cuarenta y ocho a cien años.

Tejer con *mullos* es una actividad muy visible en el cantón Saraguro. Al llegar a la plaza central es posible darse cuenta de la cantidad de locales de venta y mesas en las que se exhiben y comercializan collares. En varias tiendas que no están destinadas a la venta de artesanía, igualmente se exhiben collares y material para tejerlos. Pero también, y como ya había mencionado anteriormente, los collares elaborados con ese material están presentes en la vestimenta de las mujeres.

Mis interlocutoras aprendieron a tejer con *mullo* en sus casas, cuando eran niñas y tenían entre siete y diez años. Esta actividad es familiar y estuvo a cargo principalmente de sus madres. La presencia de abuelitas, hermanas, amigas y vecinas fue mencionada también en varias ocasiones. En sus relatos, fue muy notoria la presencia femenina como parte de ese aprendizaje.

Me emocioné mucho, porque se sumergieron en su memoria para recordar las vestimentas tradicionales de sus abuelitas y mamás, una que otra recordó también a sus hermanas mayores; e incluso, rescataron el hecho de que esas figuras femeninas les narraron, también, cómo recordaban a sus generaciones previas. Fue un momento bastante importante para mí, pues me sentí muy afortunada al poder presenciar esa conexión intergeneracional: *“este es el tejido de la abuelita, porque ella tejió así. ¡Te imaginas! Desde mi bisabuelita ya iba tejiendo”* (Señora Turquesa, entrevista realizada en 2021).

En esas preguntas que involucraban recordar al tejer como tradición femenina intergeneracional, pude percibir esos lazos colectivos fuertes que mencioné anteriormente. El hecho de compartir el conocimiento y fascinación por los collares que lucían y lucirían, sin considerar la presencia de los hombres, permitió que exista un lenguaje diferente entre las mujeres de la familia. Como investigadora y artesana muy curiosa, percibí la presencia de emociones fuertes, que van desde la nostalgia y cariño hasta algunas situaciones que causaron indignación y que traeré más adelante; todas en torno a una actividad que les pertenecía únicamente a ellas.

Y eso refuerza en mí el sentido de complicidad que siento cuando me entiendo con otras tejedoras, cuando me puedo comunicar a través de las puntadas. No es mi intención afirmar que, a través de ese lenguaje, se transmiten sólo emociones placenteras. Es más, la mayoría de las veces, especialmente en las primeras interacciones, lo que se comparte es triste, causa impotencia e indignación. Pero el simple hecho de que exista una manera en común para exteriorizar esos sentimientos, es lo que marca mucha diferencia y hace que ese vínculo sea especial.

Siguiendo en ese sumergirse en la memoria, algunas de ellas profundizaron en los detalles. La señora Rojo recordó que su abuelita le contaba que los collares antiguos se tejían con paja y, para que sean de dos colores, creativamente, les quemaban las puntas. Tenían un solo tamaño y estaban tejidos en forma de red característica que se mantiene aún. La señora Amarillo rescata de su memoria, de cuando tenía unos cinco o seis años, que su abuelita lucía collares, pero no estaban tejidos. Se colocaban los *mullos*, piedras parecidas a los cristales que utilizan actualmente, pero de diferentes tamaños; en muchas sartas, de varios colores y se las envolvían en el cuello, amarrándolas al final. La señora

Azul recuerda que hubo una transición y los *mullos* que utilizaba su mamá fueron aún más grandes, de color blanco.

En cuanto a la técnica, la señora Turquesa a través de los relatos de su mamá supo que sus abuelitos no utilizaban una mesa para tejer como ella. Lo hacían a través de una olla, que en Saraguro es denominada cántaro, e iban envolviéndola con el tejido, garantizando de esta manera que sea circular. Su mamá conserva aún esos collares como herencia. “*Yo he visto los tejidos de los antiguos y han hecho unos tremendos errores*” me dice, dejándome con una sensación de nostalgia, pues también me encantaría haber tenido la oportunidad de conocer esos tejidos.

Pero en ese relato de la señora Turquesa, también identifiqué una evolución en cuestiones de técnica y prolijidad. En mi experiencia como artesana, una de las sensaciones que más me llenan de orgullo, es poder detectar errores y corregirlos, porque eso denota que tengo una mejor comprensión de los patrones y que puedo adaptarme a cualquier cambio que tenga que ser realizado, pues estoy en la capacidad de hacerlo.

Pienso, entonces, en las varias veces que mis interlocutoras me han manifestado que lo que más les gusta, en cuestiones de tejido, es desafiarse y conseguir replicar patrones a través de fotografías. Siento que el tejer con *mullos* permite empoderarse a través de reconocer capacidades y dejar los límites mentales o impuestos, atrás.

Cuando les consulté por el significado que tiene para ellas, como mujeres pertenecientes a Saraguro, vestir esos tejidos, ellas me respondieron, de forma unánime, que a través de ellos resaltan su elegancia. Manifestaron que los diseños y tamaños de los accesorios dependen del poder adquisitivo que tiene cada mujer. Existe entonces una diferenciación social entre ellas, que es bastante visible cuando se comparan los materiales con los que están elaborados esos collares, principalmente, cuando se trata de modelos grandes y lucidos en las festividades.

Para la señora Rojo, el uso de estos collares fue bastante flexibilizado. Me comenta que antes, para las mujeres de Saraguro, llevar los collares coloridos diariamente era una responsabilidad. Hacía parte de su atuendo. Algunas de mis interlocutoras concuerdan con ese pensamiento, pues me cuentan que los lucen sólo en las fiestas tradicionales, ya sea por una cuestión de comodidad —los collares grandes son pesados—, porque llevarlos les produce calor, porque tienen alergia al material o por el alto costo que representan. Ninguna de ellas considera dejar de usarlos completamente.

Pienso entonces en las muchas transiciones que pasaron en estos años. En la innovación de técnicas, materiales, usos y collares en sí; y, también, en los procesos de aceptación que debieron suceder para que collares que eran considerados sólo como

parte de su vestimenta, estén siendo comercializados ahora en muchos lugares del cantón y, que incluso, ya no sean parte de la vestimenta diaria.

Desde mi percepción, representa un logro que mis interlocutoras no se sientan obligadas a utilizar todo el tiempo esos collares, sino que lo hagan, mayoritariamente, en momentos que consideran solemnes. En las festividades ellas se esfuerzan por lucir collares únicos.

Pienso que el hecho de saber escuchar a sus cuerpos, pensar en su comodidad y practicidad, permitirse sentirse más leves y apreciar los tejidos con la solemnidad que ellas manifiestan, pasa por una forma de ser gentiles con ellas mismas y de romper con un esquema rígido que venía con el papel impuesto de ser guardianas de la identidad, flexibilizando también lo que esa denominación representa. Ellas siguen luciendo esos collares, siguen pensándolos como parte importante y muy valiosa de su cultura, continúan enseñando a las generaciones jóvenes a elaborarlos y valorarlos, pero van manifestando a través de sus elecciones que no son fijas e inmutables, aunque no puedo afirmar que esto suceda de una manera consciente.

Debido a la popularidad de esos collares dentro y fuera del cantón, la mayoría de mis interlocutoras considera que por lo menos el 75% de mujeres que trabajan, lo hacen tejiendo artesanía con *mullo* en Saraguro. Piensan que esa es una actividad femenina, pues es algo que se les enseñó tradicionalmente. Me explican que cuando son niñas aprenden a tejer para fabricarse sus propios collares y que, incluso, lo hacen por curiosidad.

Los collares son muy importantes en la vida de las mujeres Saraguro. Desde el ámbito cultural hasta el económico. Forman parte de su tradición. Los utilizan de acuerdo con las fiestas tradicionales o incluso, cuando compran ropa nueva. Los más grandiosos se lucen en momentos femeninos muy relevantes, como, por ejemplo, en Navidad, cuando la *Markan mama*³ es electa. Ella viste tejidos espectaculares que realzan su elegancia, pero, además, este es un honor para la mujer que teje esos collares, pues todos quieren saber quién fue capaz de realizar ese tejido que fue elegido entre muchos.

La Señora Azul me manifiesta que es también una cuestión de prestigio. Hay collares que son utilizados de manera exclusiva, por mujeres que presiden ciertos espacios, lo que, de alguna manera, las distingue de las demás. Además, en los matrimonios, las novias también utilizan collares que son considerados espectaculares.

³ En Navidad, el *Markan tayta* y la *Markan mama*, forman una pareja y están encargados de celebrar la fiesta en Saraguro, pues son los sacerdotes principales. Son muy respetados y considerados personas con poder, prestigio y estatus social alto, ya que no cualquiera tiene las posibilidades económicas para asumir este cargo (GAMMA, 2011).

Discusiones y aprendizajes

Abordé este artículo a partir de cuestiones de género, identidad y memoria. Me basé en que “hablar de artesanía es de alguna forma, hablar de mujeres” (Alves da Silva, 2015: 253, traducción propia), por este motivo, elegí como elemento generador de discusiones a aquella que es fabricada con *mullo*, y que tanto mis interlocutoras como yo, elaboramos. El valor de cada una de las narrativas que se contienen en estas líneas es incalculable para mí.

Esta actividad, pese a ser muy visible en el cantón Saraguro, es desvalorizada por su origen. No sólo se trata de mujeres artesanas. Ellas pertenecen a un pueblo indígena y la estigmatización de su artesanía es algo innegable. No es coincidencia que cuando ellas venden sus productos lo tengan que hacer por la mitad o, a veces, hasta por la cuarta parte de lo que costaría el mismo tejido en una galería de arte. Las situaciones que ellas atraviesan son muy diferentes a las mías. Y pienso que es muy importante saber reconocer esas situaciones de dominación social, cultural y política pensadas desde la trípole: patriarcado, capitalismo y colonialismo (Chagas, 2007; De Sousa Santos, 2020).

Es urgente reconocer que, pese a que somos personas racializadas y a que se nos ha asignado un género a través de la modernidad eurocentrada y capitalista, no todas somos victimizadas, violentadas o dominadas por ese proceso. “El proceso es binario, dicotómico y jerárquico” (Lugones, 2008: 82).

Y es necesario realizar un ejercicio de reflexión y percibir que, dentro de un grupo, se elige como norma, lo dominante. Así, cuando se habla de “mujer”, se piensa y elige, como norma, a hembras blancas, burguesas, heterosexuales, por citar un ejemplo; e incluso, se la denomina así en relación con los hombres, que también son la norma. Mujeres entonces son las que no tienen poder, la “inversión humana de los hombres” (Lugones, 2010: 107).

Pese a que estas aseveraciones me parecen muy pertinentes, urgentes y me han permitido reflexionar mucho sobre cómo es utilizado el lenguaje también para dominar, colonizar y racializar, siento que aún no consigo un nivel de profundización para poder comunicar estos pensamientos en este artículo. Entonces, utilizo las palabras mujer y mujeres, aclarando cuál es mi lugar de habla. Mis privilegios.

Reconozco la necesidad de la interseccionalidad y la urgencia de reconceptualizar la lógica de la intersección entre categorías, para evitar separarlas y ocultar la violencia que implica la colonialidad del género, que selecciona solo al grupo dominante a través de esa lógica categorial. Comprendo que “ver a mujeres no-blancas es ir más allá de la lógica “categorial”” (Lugones, 2010: 106; Lugones, 2008).

Siete, de las nueve artesanas que entrevisté, no considerarían dejar de tejer. Sin embargo, las señoras Naranja y Violeta quisieran tener mejores oportunidades laborales,

que les den acceso a fuentes de renta más estables. Todas ven en el tejido una posibilidad de ganar dinero. Y luchan dentro de un sistema sumamente excluyente con ellas, no sólo por el hecho de ser mujeres, sino también, por pertenecer a un pueblo indígena. La lógica patriarcal, capitalista y colonial las piensa inferiores y, se estructuró de una forma en la que, las desigualdades les afectan más que a los hombres y mujeres blancas e incluso, mestizas (Chagas, 2007).

¿Cuán diferente sería la realidad de esas artesanas, si sus tejidos fueran valorizados desde la riqueza cultural que representan? Si se reconociesen la complejidad, técnicas, estética y procesos que están insertados en la fabricación de ese tejido (Motta Castro, 2015). Las muchas horas de trabajo invertido pasan también desapercibidas, porque son observadas como una actividad de mujeres, para adornar sus cuerpos, y como una tarea doméstica más de las muchas que tienen. No es pensada como un sustento, una fuente importante de renta, que incluso ha colocado al cantón como el principal punto turístico del país en este rubro, sino más bien, como una actividad de ocio que les permite generar ingresos extras, lo que desvaloriza económicamente a la actividad. ¡Qué diferente sería si consiguiéramos mirar esta actividad desde la representatividad!

A través de las conversaciones que tuve con mis interlocutoras, pude percibir que son ellas las que están encargadas de enseñarles a tejer a los hombres de su familia, que se interesan en esta actividad, sin embargo, ellas están conscientes de que ellos no están sometidos a las mismas situaciones. No es algo esperado como instintivo en ellos, por lo tanto, no se convierte en una actividad tradicional que necesiten mantener viva. Cuando ellos tejen, se considera que están ayudando, aunque represente un ingreso económico familiar. No tienen que conciliar esa actividad con las tareas que son pensadas para ellas, mayoritariamente de cuidado. Algunas manifestaron que tienen que compensar, de cierta manera, a los varones cuando les ayudan a cumplir con los pedidos.

Los roles de género relacionados con la artesanía siguen manteniéndose, sin embargo, al ser una actividad familiar, cada vez, se van incluyendo a más a niños en ese proceso. Para la señora Azul, el apoyo de su hijo es esencial. Si bien él no tiene interés por aprender a tejer, está atento a los nuevos modelos de collares que ve en Internet. También está buscando y compartiendo nuevas combinaciones de colores. Piensa que ese modo de involucrarse es muy valioso y que tiene que ver con el principio de dualidad. La señora Amarillo relató también que, aunque para su hijo es complicado entender varios diseños, él está disponible para ayudarlo a tejer y comercializar tejidos, siempre que ella lo necesite.

La señora Naranja me comenta que las mujeres Saraguro son “multifacéticas”, pues nunca se dedican sólo a la artesanía. Todas mis interlocutoras además de realizar tareas de cuidado de sus hijos, sobrinos, padres, e incluso, la señora Turquesa, de un

paciente, pues es auxiliar de enfermería. Ellas tejen para comercializar los collares, se dedican a trabajar en sus huertas para autoconsumo de verduras y hortalizas, y crían animales. Sin embargo, como expuse anteriormente, esas actividades son consideradas naturales y evidentemente destinadas para ellas. En el caso de la señora Rojo, trabaja en una institución gubernamental y debe encontrar la manera de organizarse para tejer.

En las tareas domésticas que se realizan en el campo, hay también una división de género evidente: existen habilidades que son consideradas femeninas, como, por ejemplo, la siembra y otras, como el arado de la tierra, que son pensadas masculinas. Pese a que las mujeres crían animales, cultivan la tierra y participan de manera activa en la vida económica familiar, a través de la comercialización resultante; esa división hace que se reconozca más al hombre como trabajador y, a ellas, tan sólo como personas que ejercen lo que les fue destinado (Crain, 1996).

A través de ese reconocerse como multifacéticas, van realizando otras actividades que les ayuden a mejorar su situación económica, pues la artesanía elaborada con *mullo*, en Ecuador, no es bien remunerada.

O sea, yo hago tres cosas. Siembro también. También vivo de la agricultura, para mí, para vender. Son fuentecitas más de trabajo que, que hay para ingresos de la casa. O sea, no me dedico sólo a esto, sino me moriría del hambre [risas] (Señora Naranja, entrevista realizada en 2021).

Y aunque la artesanía elaborada con *mullo* representa un ingreso económico, algunas interlocutoras hacen una distinción entre trabajo y tejido; volviendo así a ratificar lo que fue expuesto inicialmente: gracias al sistema capitalista, una actividad es considerada trabajo, y, por lo tanto, es mejor remunerada, siempre y cuando, se realice fuera del contexto doméstico, con actividades diferentes a aquellas que se sienten como innatas: *“mi mamá ya se dedicó al trabajo, al trabajo y mi abuelita, ella sí, ella sí tejía”* (Señora Rojo, entrevista realizada en 2021).

Pero, ¿cómo es que pasó de ser algo tradicional a una producción con fines comerciales? La señora Rojo, a través del fluir de la conversación, tocó ese tema. Con un semblante de indignación, me comentó que, cuando era niña, trabajaba haciendo y vendiendo pulseras con *mullo* junto a su hermana, niña también y, las mujeres de las generaciones mayores les reclamaban, diciendo que ese era un trabajo para vagas y que lo realizaban para no participar en las tareas agrícolas.

Algunas de las mujeres que comercializan actualmente en el pasillo, diagonal a la plaza central, hacían esos comentarios. Pese a eso, ellas continuaron tejiendo sin dejarse

influir negativamente por esas opiniones. Para ella, el hecho de utilizar gamas de colores diferentes a los del arcoíris para tejer collares tendidos, fue el inicio de la innovación de diseños y combinaciones, pues se alejaban del modelo más tradicional.

La señora Azul siente que desde niñas aprenden que el tejer será parte de sus vidas, pero, sin embargo, cuando ella era más joven y quiso dedicarse a esa tarea, las mujeres de generaciones mayores manifestaban que a nivel de estatus social, tejer era para gente pobre. Ella no se dejó abalar por eso. Tejer le encantaba y continuó, al punto de ser una de las primeras mujeres en abrir un local de artesanía en el centro de Saraguro y convertirse en la presidenta de una cooperativa de artesanas. Para ella es muy relevante que las mujeres demos nuestros talentos y arte.

Entendí, a través de esos relatos, que el cambio entre lo tradicional y comercial fue bastante fuerte para las mujeres mayores, pues pasó de ser una actividad de autoconsumo, que, por ende, demandaba muchísimo menos tiempo; para transformarse en un rubro que requería de muchas horas de trabajo. Una actividad que era pensada natural para ellas, por las que no eran reconocidas en ningún ámbito, estaba siendo concebida como comercial.

Me quedé pensando también que, dentro de este sistema patriarcal y, pese a que tanto la agricultura como la artesanía fueron pensadas para mujeres, pues se realizan en el espacio doméstico; ellas mismas, como mujeres mayores, jerarquizaban ese tipo de actividades dando prioridad a aquellas que representaban mayor esfuerzo físico. Seguían perpetuando lo que les fue enseñado.

Aunque todas aprendieron a tejer cuando eran niñas, fue el hecho de que las jóvenes siguieran trabajando, tejiendo y perfeccionando modelos, lo que ocasionó el interés de otras personas fuera del cantón, para adquirir los collares. Eso motivó a las mujeres mayores a retomar esa actividad con fines comerciales, hasta convertirla en una fuente de ingresos; invirtiendo, incluso, muchas horas de trabajo para entender nuevas técnicas, tanto de fabricación como de comercialización.

Fue la señora Blanco la que llevó la comercialización de collares a nivel nacional. Incluso, me atrevería a decir, con base en sus relatos, que fue con ella que empezó la producción a mayor escala en el cantón, pues recibía collares de otras mujeres de Saraguro y los vendía, debido al aumento de demanda. Comercializó tejidos en Loja, Cañar, Quito, Otavalo y en Cuenca. Con mucho orgullo ella me comenta que fue la primera mujer en salir de su comunidad, en 1985, aunque comenzó a vender su artesanía sólo después de cuatro años. Algunas de las interlocutoras me recomendaron conversar con ella, pues consideran que es la que más experiencia tiene en el tema.

La señora Añil introdujo en el cantón el uso de cristales, que reemplaza los *mullos* en algunos diseños, haciendo que luzcan aún más elegantes. Esos tejidos son pensados

únicamente para ser comercializados pues los precios son bastante altos (Señora Naranja, entrevista realizada en 2021).

Todas las interlocutoras coinciden al manifestarme que lo que más les gusta, de fabricar artesanía, es enfrentarse a desafíos que les permitan innovar, pues eso beneficia a todas las personas artesanas del cantón y, además, les ayuda a aprender y mejorar técnicas. La sensación de sentirse desafiadas y conseguir sus objetivos, es algo que les encanta.

Para mí fue muy importante respetar los espacios y horarios que fueron propuestos por cada una de las interlocutoras. Quería que ellas estuvieran cómodas y eso me permitió percibir varias interacciones interesantes.

La señora Naranja fue muy amable y, a través de ella, pude notar una característica común entre las artesanas que entrevisté en Saraguro: la solidaridad que existe entre ellas, al momento de vender sus tejidos. Si una no posee lo que una cliente está buscando —en mi caso fue que me querían indicar collares tradicionales—, sus compañeras buscan en otras mesas o, incluso, se movilizan hasta otro local, hasta conseguirlo. Ellas recalcan las habilidades de sus compañeras, las enaltecen, y fue algo que me dejó con una sensación muy agradable. Me gustó tanto esa actitud y noté que no era forzada. Era la manera cómo se realizaba esa comercialización, no sentí competencia entre ellas.

Cinco de mis nueve interlocutoras, arriendan locales y comercializan, además de sus tejidos, productos que otras mujeres les dejan. Sin necesidad de preguntar, las cinco me comentaron que es con el fin de ayudar a quien lo necesita y lo hacen de la siguiente manera: compran esos tejidos y colocan un precio que les beneficie también. Manifestaron que lo hacen, porque saben lo difícil que es encontrar un espacio en el que esos collares sean visibles y, además, que se diferencian de un intermediario pues ellas pagan el precio que las mujeres piden y lo readaptan de una manera justa. La señora Blanco, por ejemplo, ha comercializado por muchos años, en la ciudad de Cuenca, tejidos de mujeres que viven en Saraguro. Intentan ayudarse de todas las maneras que les sean posibles. Tener un local, les permite tener mayor visibilidad social y, por lo tanto, ayudar a otras mujeres.

Entendí también, que el mismo sentimiento de solidaridad se da cuando fabrican esa artesanía. Todas están conscientes de que no se puede tejer sola cuando se trata de grandes cantidades. Se ayudan primero entre la familia y, después, van pidiendo a otras artesanas que también lo hagan. La señora Blanco, por ejemplo, acepta pedidos muy grandes para envío a otros países y solicita a mujeres de Saraguro que le ayuden a tejer. Ellas llegan a acuerdos en cantidades y precios; y se ayudan para cumplir con las metas

que establecen. Es una red la que se teje, en la que hay confianza en la capacidad y cumplimiento de cada una de las personas que la forman.

Sin embargo, las dos interlocutoras que viven en Cuenca manifestaron que no existe esa confianza entre ellas. Articulan redes con mujeres de Saraguro, pero viviendo en la misma ciudad, se sienten competencia, incluso al momento de colocar los precios. Y me quedé pensando mucho, en cuánto y cómo las relaciones se modifican en ciudades con modos de vida más capitalistas, en las que otros factores como el colonialismo son mucho más determinantes que en Saraguro.

Tejer con *mullos* implica una repetición de pasos hasta finalizar el tejido y es en ese proceso de orden y repetición que considero que los pensamientos también van ordenándose. En mi caso, me ha permitido conocerme, reconstruirme e incluso, curarme de muchos sentimientos de angustia y ansiedad. Cuando formé parte de círculos de tejido, me di cuenta de que es posible, además, organizar, consolidar y hermanar colectivos, tejer redes de apoyo, principalmente femeninos (Rivera-García, 2017). El proceso de autorreflexión que está insertado en esa fabricación, permite que el proceso sea sanador (Bello-Tocancipá, 2018).

Cuando les pregunté por los recuerdos más felices asociados al tejido con *mullo*, en general, tenían que ver con el hecho de haber superado sus propias expectativas. La señora Violeta recuerda muy emocionada cuando le invitaron a una feria en otra provincia y las personas valoraron tanto sus tejidos, que, en dos horas, ya había vendido todo. Para la señora Rojo, un momento determinante para continuar con la artesanía, fue cuando logró, siendo niña, descubrir y conseguir replicar una lagartija y la hizo de color azul. Cuando la señora Azul tejió un collar para su mamá; que era artesana por muchos años, que lo alabó y guardó hasta este momento; nació en ella la voluntad de continuar tejiendo, pues se dio cuenta de que era una actividad muy afectiva. ¡Y es que, innegablemente, tejer involucra tantos sentimientos!

Es muy interesante escuchar en sus conversaciones la relevancia que tiene seguir intentando hasta conseguir entender los patrones. Ninguna de ellas piensa que un collar es imposible de replicar. Confían en sus habilidades y aprendieron a comunicarse de una manera amable con sus clientes. Son personas que saben vender sus tejidos, haciendo que la interacción sea bastante agradable. Y yo me quedo también con la sensación de que, como mujeres, nos fue enseñado a ser serviciales, que es eso lo que se espera de nosotras.

Desde mi forma de percibir lo que me fue relatado y lo que experimenté con mis interlocutoras, ellas han conquistado y se han ido apropiando del espacio público. Están rompiendo, aunque de una manera lenta, como cualquier proceso feminista dentro de un sistema putrefacto y patriarcal, las cadenas del espacio doméstico. Encontraron en los

collares que forman parte de su tradición y cultura, herramientas para escribir sus historias de vida y ganar autonomía. Pasaron de ser “amas de casa” a mantener económicamente el hogar. Y pese a toda la emoción que me causó pensar en esos avances, pienso mucho en la desvalorización y precarización laboral tan presente en la fabricación de la artesanía con *mullo*.

Admiro mucho a esas mujeres y comparto las percepciones sobre el acto de tejer. Pienso en esos sentimientos de orgullo y empoderamiento que siento cada vez que tejo y consigo crear obras maravillosas. Me hermano a ellas en muchas afirmaciones que hicieron. Hago de sus palabras las mías y, sin embargo, el hecho de ser una mestiza de tez blanca me ha colocado en una situación muy privilegiada, desde la que hablo hoy, y que me aleja diametralmente de ellas. Estoy muy lejos de vivir lo que viven mis compañeras, pues un color de piel me ha permitido que tejer sea un acto que elegí y no que tuve que mantener.

Durante los ejercicios de rescatar algunas memorias de las interlocutoras, me fue imposible no pensar en mi abuelita y todas las veces que contaba a todas las mujeres de la familia, cómo y cuántos esfuerzos ella hacía para sortear cualquier dificultad que se le presentaba. La creatividad que ella iba desarrollando estaba siempre fundada en ese “tener que poder” pues no existía otra opción. Ella siempre pudo con cada una de las actividades domésticas que le fueron consignadas. Y si traigo esos esfuerzos sobrehumanos a este tipo de discusión es porque considero que sí, efectivamente a las mujeres siempre se nos ha exigido el dar lo mejor de nosotras, principalmente en las actividades que se desarrollan en esos espacios domésticos, justamente porque se piensa que naturalmente somos excelentes en eso, pues nacimos para hacerlo.

Y pese a que realizar estas problematizaciones no es fácil, ni placentero; pensar en las conversaciones que mantuve con cada una de esas artesanas, me permite también descubrir algunas realidades en mí. He sido muy privilegiada por no tener que depender económicamente de una actividad tan precarizada como es la fabricación de artesanía con *mullo*. El hecho de ser una mestiza de tez blanca abre las puertas a que mis tejidos sean comercializados en galerías e incluso, si quisiera —no lo hago—, podría colocar precios muy elevados sin ser cuestionada.

He tenido la oportunidad de manifestar mis sentires en espacios académicos, pues nunca he tenido que elegir entre el tejer y el seguir estudiando. Soy socialmente aceptada en un país como Ecuador en el que las denominaciones de plurinacional, pluricultural y multiétnico intentan esconder la discriminación muy presente en el día a día; por citar algunas situaciones.

Cuando pienso en que “las mujeres que tejían o bordaban fueron tomando la palabra y contando su historia textualmente o textilmente” (Machado, 2003: 192), algo muy

profundo en mí se moviliza y quiere seguir exponiendo que la artesanía elaborada con *mullo* está llena de atravesamientos que deben ser considerados de una manera urgente para poder darle un valor justo y no simplemente un precio.

El pensamiento colonial existe a través del patriarcado, desde su perversidad. Tuvo como base la destrucción del poder y autoridad femenina a nivel social y comunitario, así como de su cuerpo y subjetividad, justamente para romper con todas las redes que les permitía resistir a nivel de sociedad (Lugones, 2008). Por lo tanto, la lucha es sí, antipatriarcal, anticolonial y anticapitalista, y espero que, en estas líneas, se pueda leer mi voluntad por tejer ese camino.

Bibliografía

- Alves da Silva, M. (2015): "Abordagem sobre trabalho artesanal em histórias de vida de mulheres". *Educar em Revista*, N° 55 (marzo), 247-60. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/0104-4060.36810>.
- Bello-Tocancipá, A. (2018): "Cuando las palabras faltan, las manos hablan: prácticas textiles en el conflicto armado colombiano", 90. Disponible en: <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/39427/u821449.pdf?sequence=1>.
- Blanca, R. (2014): "El bordado en lo cotidiano y en el arte contemporáneo: ¿práctica emergente o tradicional?" *Revista Feminismos* 2 (3). Disponible en: <https://periodicos.ufba.br/index.php/feminismos/article/view/30006>.
- Chagas, C. (2007): «Memórias bordadas nos cotidianos e nos currículos». Dissertação, Rio de Janeiro: Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Disponible en: https://www.bdtd.uerj.br:8443/bitstream/1/10720/1/Dissert_Claudia%20Chagas_Bdtd.pdf.
- Charmaz, Kathy. (2009): *A construção da teoria fundamentada. Guia prático para análise qualitativa*. Artmed. Porto Alegre.
- Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador. CONAIE. (2014.) «Saraguro». Disponible em: <https://conaie.org/2014/07/19/saraguro/>.
- Crain, M. (1996): "La interpenetración de género y etnicidad: nuevas autorepresentaciones de la mujer indígena en el contexto urbano de Quito". Traducido por María Gloria Enríquez, 353-81. Disponible en: <https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/LA-INTERPENETRACION-DE-GENERO-Y-ETNICIDAD.pdf>.
- De Sousa Santos, B.(2020): "A Cruel Pedagogia do Vírus". - 1a ed . CLACSO. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- López, S.; Peñaherrera, M., Grupo Chaskiwarmikuna. (2011): *Nuestras Recetas: Un aporte para la soberanía alimentaria*. GAMMA. Centro Gráfico Salesiano. Saraguro .Ecuador.
- Lugones, M. (2008): "Colonialidad y Género1 Coloniality and Gender Colonialidade e gênero". *TABULA RASA*, julio-diciembre, , N° 9. Pp.73-101. Disponible en: <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>.
- Lugones, M. (2010): "Hacia un feminismo descolonial". Traducido por Gabriela Castellanos. *Hypatia* 25 (4). Pp.742-759. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.2010.01137.x>.
- Machado, A. (2003): "O Tao da teia: sobre textos e têxteis". *Estudos Avançados* 17 (49). Pp. 173-96. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/S0103-40142003000300011>.

- Motta Castro, A. (2015): "Fios, tramas, cores, repassos e inventabilidade: a formação de tecelãs em Resende Costa/MG", enero. Disponible en: <http://www.repositorio.jesuita.org.br/handle/UNISINOS/3686>.
- Organização Pan-Americana da Saúde. (2022). "Folha informativa sobre COVID-19". Institucional. Organização Pan-Americana da Saúde. Disponible en: <https://www.paho.org/pt/covid19>.
- Quizhpe-Gualán, F. (2019): "Transformaciones institucionales de la justicia comunitaria en el pueblo kichwa Saraguro", 79. Disponible en: <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/6668/1/PI-2019-01-Quizhpe-Trasformaciones%20institucionales.pdf>.
- Rivera-García, I. (2017): "Tejer y Resistir. Etnografías Audiovisuales y Narrativas Textiles". *Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, n.º 27, 139-60. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.17163/uni.n27.2017.6>.
- Saca Cango, N. (2012): "Propuesta de creación del Centro de Investigación Cultural para rescatar la identidad cultural de los jóvenes del pueblo de Saraguro". Universidad Politécnica Salesiana. Cuenca. Ecuador.
- Santos, E. (2008): "Tejedoras, ¿artesanas o Artistas?" Disponible en: https://www.academia.edu/23971394/Tejedoras_artesanas_o_artistas.
- Schmidt Bersch, Â. (2017): "Resiliência profissional e a Educação Ambiental: promoção de ambientes de desenvolvimento em instituição de acolhimento". Tese. Universidade Federal do Rio Grande. Rio Grande. Disponible en: <https://sistemas.furg.br/sistemas/sab/arquivos/bdtd/0000011532.pdf>.
- Vivar, C.; Arantzamendi, M.; López-Dicastillo, O. y Gordo Luis, C. (2010): "Grounded theory as a qualitative research methodology in nursing". *Index de Enfermería* 19 (4): 283-88. Disponible en: https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1132-12962010000300011&lng=en&nrm=iso&tlng=en.